

tenido de ellas una gran enseñanza no ya sólo intelectual, sino también *humana*.

MARSH, Frank Burr: *Modern Problems in the Ancient World*. The University of Texas Press. Austin, 1943.

Una obra destinada a probar mediante dos casos concretos —el de Atenas y el de Roma— que la afirmación de que “la historia se repite” ha de matizarse si quiere ser tomada como verdadera, como adverbable por la realidad; su autor afirma textualmente en las páginas iniciales que “desde las épocas más remotas, los hombres han confrontado los mismos problemas fundamentales, a pesar de que nunca se les han presentado en exactamente las mismas condiciones”

De entre los problemas que confrontamos en la actualidad y que también fueron causa de las preocupaciones de los antiguos, el autor ha destacado tres: la depresión agrícola, el desempleo y la ruptura del gobierno constitucional que ejemplifica mediante la referencia histórica a la Atenas y a la Roma antiguas.

Frente a Atenas, el autor nos hace presenciar la situación depresiva que en el siglo VII A. C., se produce debido a la pequeñez de las tierras de cultivo y al bajísimo rendimiento de las cosechas que llevan a los propietarios a la esclavitud por deudas, hasta que se hace necesaria la intervención de alguien —Solón— que procure remedio a esta situación aflictiva.

La decadencia agrícola obliga a Solón a un programa radical de reformas que va a extenderse de la esfera económica a las profundidades mismas de la vida política. Su programa ha sido delineado por el autor de la obra como consistente en

el reparto y re-división de la tierra, en la cancelación de las deudas sobre la tierra, en la liberación de la esclavitud por deudas y el permiso de retorno de los que por ellas habían huído, la devaluación del drama para ayudar a los deudores no beneficiados por estas medidas, y los intentos de desarrollo del comercio y la industria.

Para poder hacer estos cambios, hace ver Marsh, era indispensable un cambio gubernativo, ya que sin él, los proyectos de Solón hubiesen sido rechazados por la asamblea y el consejo ya que sólo los propietarios tenían voto; de ahí que se concediera el voto a los ‘thetes’, con lo cual se bloqueó cualquier ataque abierto y directo en contra de las nuevas leyes. Solón sabía que muchos desposeídos habitantes del campo no asistirían consuetudinariamente a las asambleas, pero que lo harían en cuanto los terratenientes quisieran oponerse a las leyes dictadas en su favor, y esto bastaba.

Para salvaguardar esas medidas y ponerlas a cubierto de la interpretación interesada de los jueces o arcontes, estableció un tribunal popular o Heliaea que podía juzgar a los arcontes que abusaran de su autoridad, y oír las apelaciones al juicio de los arcontes. Asimismo dió derecho a cualquiera que supiera de una injusticia para perseguirla.

A Pisistrato correspondió, en buena parte, el éxito del ‘nuevo orden’; fué él quien, a fin de aliviar la presión sobre la tierra dió empleo a los pobres, emprendiendo trabajos y estimulando el comercio y la industria; exilió a los grandes propietarios y ayudó a los pequeños propietarios con préstamos a bajo interés.

El autor hace notar que, “el mayor servicio de Solón consistió en que sus medidas evitaron una violenta explosión que podría haber arruinado a Atenas,

mientras Pisístrato puso fin a la inestabilidad y confusión política que obstaculizaban las fuerzas económicas”.

Por otra parte, señala que el infortunio del Mundo Antiguo radicaba en que la prosperidad producía desempleo debido a la institución esclavista ya que un largo período de bienestar producía la acumulación de capital, la posibilidad de comprar esclavos y consiguientemente el desplazamiento de los trabajadores libres.

El imperialismo ateniense, a su vez, es explicado en forma igualmente clara y convincente, como producto del crecimiento excesivo de la población ateniense, de la necesidad que tenía de importar alimentos del Mar Negro —en donde no le convenía que hubiese interferencia persa— lo cual la hizo convertirse en jefe de la confederación délica cuyas empresas de liberación de las ciudades griegas del Asia Menor no tenían sino subsidiariamente los ingredientes idealistas que tan hábilmente manejaron los atenienses como ficción política.

La necesidad de mantener unida a la Confederación de Delos hizo que Atenas considerara indispensable reducir a sus aliados a la condición de súbditos, ya que las peculiaridades políticas (limitación, perfección, armonía) de la Ciudad-Estado hacía que ésta pudiera gobernar a otras pero no absorberlas; o sea, que la única solución estaba en el imperialismo. A más de esto, la demovilización no sería la única ocasión en que un ambiente bélico hubiera de mantenerse con el en Atenas; la comparación con lo que pasa en nuestros días no hace ver que esa no sería única ocasión en que un ambiente bélico hubiera de mantenerse con el propósito de evitar o aplazar por lo menos la producción de una crisis económica.

Respecto de Roma, el autor muestra igual atingencia en el análisis que desar-

ticula en tres momentos: la presentación de lo que fué problema fatal para la República, las razones por las que no se le pudo resolver, y las circunstancias en que pereció la República.

Enfatiza el papel importantísimo jugado por las transformaciones del ejército romano, constituido primeramente por propietarios de la tierra, quienes lucharon gustosamente en tanto se trató de defender sus tierras pero que participaron a desgana y se opusieron cuando el servicio hubo de volverse compulsivo ante las necesidades expansivas de la República.

La anexión de Sicilia, cuyo grano podía obtenerse más fácilmente y con menor gasto, hace intervenir en la problemática romana el factor “depresión agrícola” cuyo funcionamiento en la vida griega nos hizo notar el autor en la primera parte: el precio de los granos baja tras esa anexión, produciéndose el desastre de muchos propietarios, con lo que, simultáneamente disminuyen las disponibilidades de hombres para el ejército.

Es entonces cuando Tiberio Graco se nos presenta —mediante el enfoque de Marsh— a una luz nueva; su lucha por obtener nuevas leyes resulta ser un intento para aumentar el número de pequeños hacendados obligados por su tenencia de tierras a servir al ejército, lo cual, con todo, resulta insuficiente quedando el problema pendiente hasta la época de la reorganización de Mario.

Mario sustituye la conscripción por el reclutamiento voluntario en el cual predominan los proletarios no dueños de la tierra que deseaban llegar a tenerla, que obtenían promesas de sus generales y que en cambio no recibían seguridades por parte del gobierno, el cual, complicado en su estructura pudo trabajar —no obstante— en una manera eficaz

mientras no se puso en duda la autoridad senatorial. Más tarde la inestabilidad política del gobierno hace totalmente inmanipulable el problema de la búsqueda de tierras para ese ejército cuya transformación le había convertido en un conjunto de agro-famélicos.

El libro cuyo rápido delineado hemos hecho, aporta, en muchos de sus puntos, un concepto y una explicación genética original de la historia; los cuales brindan una contribución indudablemente valiosa a la comprensión de la causalidad y concomitancia de los fenómenos sociales.

TRUXAL, Andrew, and MERRIL, Francis: *Marriage and the Family in the American Culture*. Prentice Hall, Inc. New York, 1953.

La universalidad, la base emocional, la pequeñez que eleva el potencial de las relaciones afectivas, la prioridad que tiene en la conformación del individuo, la posición central que ocupa con respecto a otras instituciones, y el rígido control social que sobre ella se ejerce, dan a la familia sus características, y destacan su importancia dentro de la vida colectiva.

MacIver ha definido a la familia en forma suficientemente lata, como un grupo formado por una relación sexual lo bastante precisa para prover a la procreación y educación de los hijos. Gracias a esta definición, la universalidad de la institución puede afirmarse sin que sea óbice para ello la reconocida variabilidad de sus formas dentro de los diferentes tipos de sociedad e, incluso dentro de la misma sociedad, conforme varían las diferentes regiones que habita, las clases sociales de que forma parte, o los grupos étnicos de los que se constituye.

Hay, en efecto, una íntima interrelación entre la configuración de la familia, y el conglomerado social mayor de que forma parte, ya sea éste el más amplio constituido por la sociedad misma, o el más restringido de los grupos o cuasi-grupos sociales que lo integran.

Sin embargo, los autores prefieren destacar el hecho de que, en ciertos casos particulares —notablemente en el de la sociedad americana—, las diferencias familiares deben buscarse, más que en la estructura, en el proceso dinámico, lo cual implica diferenciación en cuanto a nización, secularización, inestabilidad, es-a modificabilidad, adaptabilidad, urbanización.

Funciones primarias de la familia americana son la socialización del niño (que nosotros preferiríamos hacer extensiva a todos los miembros), y la satisfacción de los deseos de reconocimiento y respuesta que, como deseos sociales fueron mencionados primeramente por Simmel y von Wiese y vislumbrados como tales por Machiavelli, lo cual parecen ignorar los autores que atribuyen la paternidad de tales conceptos a Thomas.

La necesidad de que esos requerimientos sociales les sean satisfechos adecuadamente por la familia cobra particular relieve en cuanto se tiene en cuenta que la personalidad social del niño (y del adulto también, insistimos), se forma básicamente en los grupos cara-a-cara o de contacto directo, como son la familia, el grupo de juego y el vecindario, correspondiendo a las demás influencias difusas el papel de complementadoras, ratificadoras o rectificadoras de lo surgido en el seno de estos grupos,

Aparte de estas funciones primarias de la familia (compartidas en cierto grado por los grupos de contacto directo), es necesario considerar como funciones sub-